

CATALOGADO

PUNTA DEL ESTE Y BOINAS VERDES

ALBERT-PAUL LENTIN.

“Deauville del Uruguay” y pequeño paraíso, la lujosa estación balnearia de Punta del Este, a unos 150 kilómetros de Montevideo, verá su nombre inscrito en la historia de América Latina. Es allí, en efecto, donde nació oficialmente, hace seis años, la Alianza para el Progreso, y es dentro del mismo marco —los salones Las Américas y Artigas del hotel-casino San Rafael— donde se ha reunido, del 12 al 17 de abril de 1967, la primera “conferencia en la cumbre del hemisferio americano” que se haya celebrado después de la de Panamá de 1956

Entre Punta del Este I y Punta del Este II han sucedido muchas cosas, y no es superfluo recordar brevemente esta evolución si se quiere comprender la política actual de los Estados Unidos en la América Latina

UNA ALIANZA SIN PROGRESO

En 1961, la carta de Punta del Este se proponía obtener, en el curso del “decenio del desarrollo”, la revolución pacífica de las esperanzas” que J F Kennedy tenía la intención de oponer a aquéllos que luchan por un derrumbe radical de las estructuras políticas, económicas y sociales del continente. Para lograr esto, la misma prometía que los EE UU aportarían a los países latinoamericanos una “ayuda” de dos mil millones de dólares por año y que el problema fundamental del precio de las materias primas latinoamericanas recibiría finalmente una solución satisfactoria. En 1967, nadie, ni siquiera en los Estados Unidos, discute el fracaso total de este “plan magistral”.

La deuda general latinoamericana con los EE UU se ha cuadruplicado durante los cinco últimos años y una gran parte de los préstamos que otorga la Alianza para el Progreso a diferentes países latinoamericanos sólo sirve para la amortización de esta deuda y la compra de artículos de consumo norteamericanos. La ALPRO se ha convertido en un simple sistema de financia-

miento de las exportaciones norteamericanas a la América del Sur. Aun si no se toman en cuenta las exportaciones clandestinas de capitales, estos préstamos están muy lejos de compensar las pérdidas sufridas por la América Latina debido a la venta barata o mediana de sus productos alimenticios o materias primas, así como a las fluctuaciones y bajas de precios en el "mercado mundial" de artículos que representan a menudo una cuasi-monoproducción (café colombiano, estaño boliviano, cobre chileno, carne uruguayana, etc). Los cuadros, muy oficiales, de la Comisión de las Naciones Unidas para la América Latina que, por otra parte, parecen estar muy por debajo de la realidad, indican que los países latinoamericanos, cuyas monedas además no cesan de devaluarse con respecto al dólar, han perdido en 1966 260 millones de dólares en su comercio con los Estados Unidos (contra 160 millones en 1965), mientras que en el mismo año, según estadísticas procedentes esta vez del Departamento de Comercio norteamericano, los capitalistas de los EE UU han retirado de sus inversiones en América Latina 2,140 millones de dólares. Las consecuencias de este saqueo se sienten duramente en los países latinoamericanos, donde sólo progresan, en la mejor hipótesis, los "sectores rentables", mientras que en conjunto su economía se estanca o deteriora. El pretendido "decenio del desarrollo" está siendo, en realidad, el del subdesarrollo. Entre 1960 y 1967, la producción agrícola de la América del Sur ha disminuido en un 24%, mientras que el crecimiento demográfico medio ha sido de un 2.7% anual, y la renta nacional bruta ha disminuido en numerosos países. En la actualidad, un habitante del continente sudamericano dispone del equivalente promedio de apenas 100 francos por mes para vivir, y su promedio de vida no pasa de los treinta y siete años. Todavía hoy en América Latina, dos recién nacidos de cada diez mueren en el primer año después de su nacimiento.

En el plano político, la "doctrina Johnson", que afirma la necesidad de una acción armada automática de Washington "tan pronto como una posible modificación de la política de un país latinoamericano amenazare poner en peligro la seguridad de los Estados Unidos", ha mostiado a la opinión pública del continente que si Kennedy tenía la intención de utilizar simultáneamente "la zanahoria y el garrote" para mantener la dominación norteamericana, su sucesor ha vuelto al empleo, con prioridad, del "gran garrote", del "big stick", que tanto gustaba a Theodore Roosevelt. Después del desembarco de 10,000 "marines" en Santo Domingo, en abril de 1965, el presidente de los Estados Unidos se ha asignado la tarea de legalizar la intervención contrarrevolucionaria permanente gracias a la constitución, por la Organización de Estados Americanos, ese "ministerio de colonias de los EE UU", de una "fuerza militar interamericana multinacional y unificada", verdadero "ejército continental de represión", según la expresión del Che Guevara. Este proyecto, sin embargo, viola de una manera tan abierta y espectacular la soberanía de los estados latinoamericanos, que encuentra, aun en el seno de la "clientela" tradicional de Washington, resistencias tenaces. La creación en la Conferencia Tricontinental de La Habana, en enero de 1966, no sólo de una Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, Africa y América Latina (OSPAAAL), sino también de una Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) puede ser considerada, por otra parte, como la primera respuesta a esta política en la medida en que la misma ha concretizado, por primera vez, la firme

voluntad de los progresistas de oponer una estrategia igualmente global a la estrategia general del imperialismo.

La confrontación entre estas dos estrategias ha caracterizado todo el año de 1966, y el endurecimiento del clima político que resulta de ello no ha sido nada propicio a las experiencias reformistas que habían sido patrocinadas primeramente por los EE UU. dentro del marco de la Alianza para el Progreso. Las garantías bastante sustanciales que los dirigentes demócrata-cristianos chilenos han dado a Washington al hacer prueba de una extrema "buena voluntad" en las negociaciones del cobre, al oponerse a las reivindicaciones obreras,¹ al multiplicar las declaraciones hostiles a Cuba, al rehusar la toma de posición, a pesar de las gestiones de los dirigentes del movimiento independentista de Puerto Rico, sobre el "difícil problema" del estatuto de ese territorio, y aun al hacer expulsar del territorio chileno al dirigente obrero brasileño Morera, y después a los dirigentes dominicanos, panameños y ecuatorianos venidos a asistir a un seminario sindical latinoamericano, no han impedido a ciertos diplomáticos del State Department recomendar el establecimiento en Chile de un sistema más "seguro" que el del señor Frei, y esa tendencia que expresa, por ejemplo, en el mismo Chile un diario como *El Mercurio*, órgano de los grupos industriales y financieros, ha alentado a las organizaciones reaccionarias (Partido Nacionalista y Partido Radical) que en las elecciones presidenciales de 1964 se habían aliado a los democristianos contra el F.R.A.P. (Frente Republicano de Acción Popular de los socialistas y comunistas), a recobrar su autonomía y reivindicar de nuevo una sustancial participación en el poder. En las elecciones municipales del 3 de abril último, el partido de Frei ha perdido a la izquierda (337,140 votos a los comunistas y 382,560 votos a los socialistas), pero más aún a la derecha (370,828 votos a los radicales y 329,584 votos a los nacionalistas), de manera que con 890,429 sufragios, el porcentaje de votos a su favor ha bajado del 42.3% en las elecciones parlamentarias de 1965 al 36.5%.

En Washington, la regresión del neocolonialismo hacia el colonialismo brutal ha tenido por corolario una sensible disminución de la "ayuda pública" que, en el pensamiento de Kennedy, debía precisamente favorecer la realización de "reformas" moderadas en América Latina. Johnson ha seguido una línea diametralmente opuesta. Este ha reducido considerablemente, en general, el volumen de la ayuda norteamericana, cuya suma, desde 1961, no ha pasado de los 650 mil millones de dólares, y además ha reservado principalmente sus dólares a los regímenes más fascistas, que resultan ser los más fieles (es así como, después del Golpe de Estado militar, Brasil, que no recibía anualmente más que 150 millones de dólares, ha logrado que esta cantidad sea duplicada. El empréstito de 1967, reembolsable en cuarenta años, que debe financiar proyectos industriales brasileños de cinco años y compras de maquinarias y hasta materias primas en los Estados Unidos, es, en efecto, de 300 millones de dólares). Los parlamentarios, por su parte, han ido aún más lejos que el Gobierno. Cuando el 23 de marzo último, Johnson quiso obtener de las dos cámaras del Congreso un "cheque en blanco" político —la autorización

¹ En la actualidad, 50 movimientos de huelga afectan a unos 40 mil obreros, y 17 mil obreros de la mina de cobre Teniente se hallan en conflicto declarado, tanto con la dirección norteamericana de la empresa como con las autoridades chilenas que rehusan apoyar sus demandas de aumentos de salarios.

para proseguir a su voluntad su acción diplomática en América Latina—acompañado de un cheque en especie, en este caso un crédito suplementario de ciento cincuenta mil millones de dólares, por un período de cinco años, a favor de los países latinoamericanos, la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado sustituyó la moción de apoyo al gobierno votada algunos días antes por la Cámara de Representantes, 234 votos contra 118, por un texto mucho más crítico, que subordinaba la asignación de esta suma a un nuevo examen de toda la política gubernamental. Este voto de desconfianza, que un senador ha comparado a “un puñetazo dirigido al mismo plexo solar del Presidente”, ha sido aprobado después de una vigorosa ofensiva del senador Fullbright, mientras que Johnson era paradójicamente apoyado por dos adversarios notorios de su política vietnamita —Wayne Morse y Robert Kennedy— y que diez senadores de cada veinte mostraban, con su abstención, su perfecto desinterés en toda esta cuestión.

Esta actitud corresponde a la opinión, muy extendida en los círculos dirigentes norteamericanos, de que la “ayuda pública” acompañada la mayoría de las veces de condiciones oficiales u oficiosas a favor de las grandes compañías norteamericanas, ha llenado tan bien su cometido durante los primeros años de la Alianza para el Progreso y favorecido tanto a las inversiones privadas,² que es permisible asestarle grandes golpes sin que esta reducción de créditos modifique los circuitos económicos, ya sólidamente establecidos. En 1966, las inversiones privadas de los EE. UU. han representado el 55% de sus inversiones totales en el extranjero, y les han aportado el 42% del total de sus beneficios (sólo los capitales invertidos en el sector petrolero de los países árabes aportan beneficios superiores).

En la hora actual, el capitalismo norteamericano controla más o menos directamente los servicios públicos, el comercio, las manufacturas, el petróleo, las minas y las acerías de México; las empresas azucareras e industriales de la República Dominicana, la industria del petróleo y las industrias de transformación de Colombia y Perú; el petróleo, el comercio interior y la mitad de los transportes bolivianos; la producción industrial, el comercio y los bancos del Ecuador; el cobre, la red eléctrica y los teléfonos de Chile; los metales no ferrosos, el cemento, la siderurgia, la construcción naval, la industria mecánica y la industria automotriz del Brasil; la industria automotriz, la petroquímica, la industria química y la industria frigorífica de la Argentina;³ y no cesa de acentuar su dominación en todos los países. No citaremos, a este respecto, más que tres ejemplos muy recientes, escogidos entre diez igualmente significativos. En Chile, donde una gran parte del cobre es vendido, después del acuerdo concluido en 1966 entre Washington y Santiago, a 36 centavos la libra, es decir, a un precio inferior al precio mundial, Frei ha presentado como un gran éxito de su política de “chilenización más bien que nacionalización del cobre” el acuerdo por veinte años, suscrito en febrero último, según los términos del cual el Estado chileno ha tomado el 51% del capital en la nueva sociedad mixta El Teniente que ha formado con la Braden Copper Co., filial de la Kennecott Copper Co. En realidad, si se examina el texto un poco de cerca, se ve que el

² Ver a este respecto el artículo publicado por el economista brasileño Celso Furtado, *Esprit*, julio agosto, 1966.
³ Uno de los más recientes estudios basados en estadísticas realizadas sobre este problema es el que figura en el libro de Georges Fournial y Labasse, *De Monroe a Johnson*, Ed. Sociales.

contrato es leonino. El gobierno chileno debe pagar, en efecto, 80 millones de dólares por las acciones cedidas por la Braden, y garantiza a la compañía norteamericana préstamos ascendentes a la suma de 120 millones de dólares. Además de esto, las "cláusulas administrativas" permiten a la sociedad norteamericana dirigir a su capricho la empresa durante un período de once años que podía ser prorrogado "mientras duren las obras de desarrollo industrial y Chile no haya rembolsado sus deudas". En definitiva, la Braden Copper controla la principal riqueza nacional chilena aún más estrechamente que antes de concluirse el acuerdo. En Argentina, el régimen militar del general Onganía ha anunciado la firma de acuerdos que autorizan a dos compañías petroleras norteamericanas a continuar la explotación de los recursos petroleros del país, derecho que les había sido suprimido en 1963 por el presidente Arturo Illia. En el Brasil, finalmente, donde el gobierno acaba de disminuir en un 5% el impuesto sobre las rentas de las firmas norteamericanas y la American Fruit ha tomado posesión de vastas extensiones de tierras en la Amazonia y de un latifundio entre el Estado de Pará, grupos norteamericanos han comprado, en la región septentrional del Estado de Goiás, 114,000 hectáreas de tierras donde piensan poner en explotación diversas riquezas minerales. En la coyuntura en que se encuentra la América Latina después de la ALPRO, el obstáculo principal que estorba cada vez más la expansión del capitalismo norteamericano no es la resistencia económica o política de "burguesías nacionales, la que, después de algunos sobresaltos, en Argentina y Brasil notablemente, ha sido vencida, sino las fronteras interestatales que fraccionan ciertos espacios geográficos que los EE UU quisieran convertir en "mercados homogéneos" más vastos que los antiguos mercados que se han vuelto demasiado estrechos. Mientras que el viejo imperativo de "dividir para reinar" había conducido al gobierno de Washington a apoyar activamente y a veces a crear en su totalidad, durante toda una época, los "micronacionalismos"⁴ y los particularismos locales, este nuevo imperativo le ha llevado a favorecer los dos primeros reagrupamientos económicos que se han materializado en 1959 y 1960: la "zona de libre cambio latinoamericana" establecida por el tratado de Montevideo (concluido entre Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Paraguay, Perú y México) y el "pequeño mercado común de América Central", establecido por el "tratado general de integración" concluido entre las pequeñas repúblicas de ese sector. Hoy, el objetivo más ambicioso consiste en la creación de un "mercado común continental", en el cual los EE UU serían el amo, bien entrando directamente en el mismo, o bien dominándolo con todo el peso de su potencia industrial y de su avance tecnológico: una "comunidad" exclusivamente latinoamericana dentro de su órbita.

Desde los años 1964-1965, ciertos teóricos se han esforzado por dar a esta nueva política dictada por los intereses de Wall Street las justificaciones seudo-filantropicas de que siempre se complace en nutrirse la buena conciencia norteamericana. "Pensadores" como Walt Rostow, especialista en el "crecimiento económico" y consejero polivalente de la Casa Blanca, o como el chileno Felipe Herrera, presidente del Banco Internacional de Desarrollo, han lanzado toda una campaña de explicaciones financiada ampliamente para exponer que sólo una "armonización de las diferentes economías americanas" permitiría a

⁴ Todavía hoy, nueve Estados latinoamericanos formulan reivindicaciones territoriales contra sus vecinos

cada una de ellas “despegar”, para el bien de los pueblos del hemisferio. Los militares del Pentágono y los diplomáticos del Departamento de Estado han apoyado esta propaganda con tanta más fuerza cuanto que han comprendido que las fórmulas, aún relativas, de “supranacionalidad” económica conducirían lógicamente, en América Latina, a fórmulas de “supranacionalidad” política que *no podrían sino favorecer*, a su vez, la creación de la “fuerza armada permanente de intervención” de la O E A, suprema esperanza y supremo pensamiento. Este contexto explica por qué, a partir del segundo semestre de 1966, el gobierno de Washington ha relacionado directamente la cuestión del “mercado común interamericano” a la de la preparación de la “conferencia cumbre interamericana”.

El problema ha venido siendo planteado tanto en las reuniones regionales (conferencia del “grupo de los países de Plata” y conferencia del grupo de países de América Central) como en las reuniones continentales: la conferencia para poner en ejecución la Alianza para el Progreso, la tercera Conferencia consultiva interamericana encargada de dotar a la Organización de Estados Americanos de tres comisiones permanentes (económica, política y cultural) y finalmente la oncenava Conferencia de Cancilleres de la O E A. Esta asamblea, que se ha reunido del 13 al 16 de febrero último en el teatro San Martín, en Buenos Aires, escogió la fecha —abril— y el lugar —Punta del Este— de la “reunión cumbre latinoamericana”. Es ella igualmente la que ha colocado a la cabeza de la orden del día este encuentro, no el problema del alza de los precios de las materias primas, que es en verdad el problema crucial para el desarrollo económico latinoamericano, sino la de este “mercado común” tan importante, parece, para el reforzamiento de la cohesión de la O E A. en el curso de los próximos años. Un comentarista ha resumido perfectamente las conclusiones de los trabajos del cónclave de Buenos Aires con esta amarga reflexión: “No se trata ya de progreso, sino de estrechar la Alianza”.

UN HIPOTETICO MERCADO COMUN

Fue una enorme delegación norteamericana la que se presentó en Punta del Este el día de la apertura de la “conferencia interamericana en la cumbre”. El presidente Johnson iba, en efecto, acompañado del Secretario de Estado adjunto para cuestiones latinoamericanas, Lincoln Gordon, del nuevo embajador de los EE UU. ante la O.E.A., Sol Linowitz, del inevitable Walt Rostow y de un número considerable de especialistas y técnicos. El encuentro es espectacular, ya que casi todos los jefes de Estado o de gobierno de los países de la O.E.A. —comprendiendo el último en ser admitido, Trinidad— están presentes. Únicamente faltan al llamado el presidente boliviano René Barrientos, quien ha querido dar a su ausencia el carácter de protesta ante la negativa de la Conferencia a examinar la cuestión del acceso de su país a la costa del Pacífico; “Tachito” Somoza, último dictador de la familia reinante en Nicaragua, y el sangriento tirano de Haití, François Duvalier, ya que “Papa Doc” está tan poco seguro de su poder que ha preferido no abandonar el sillón presidencial y mantenerse en medio de sus “tontons macoutes” que le guardan noche y día.

Las discusiones sobre el Mercado Común, que los norteamericanos inician de entrada, y que tienen lugar más en los corredores que en las sesiones públicas, son extremadamente cerradas. Los presidentes de la Argentina y Brasil escatiman que, en efecto, sus dos países, si bien son los más industrializados de la América Latina, no son lo suficientemente dinámicos para lanzarse al asalto de los mercados exteriores, y combaten las fórmulas de "integración avanzada" (establecimiento rápido de un arancel aduanal común y creación rápida de organismos supranacionales) que los países del "club de Bogotá" (Chile, Colombia, Perú, Ecuador, Venezuela) preconizan, por el contrario, con más o menos vigor (siendo el más tibio el presidente Leoni, que no quisiera reducir las barreras arancelarias de Venezuela más que hasta cierto punto, por temor a la eventual competencia de productos baratos procedentes de los países vecinos en un mercado bastante moderno en el que los salarios y los precios se encuentran a un nivel relativamente alto). Todos los interlocutores de Johnson, por otra parte, están de acuerdo en rechazar la idea de un "conjunto continental" del que los EE.UU. formaran parte directamente, y sostienen que "la integración no tiene sentido si no es estrictamente latinoamericana". El Presidente de los Estados Unidos trata en vano de hacerles desistir de esta opinión, recibiendo separadamente a cada uno de ellos en la Villa Beau-lieu, donde está instalada la delegación norteamericana, lo que hace decir a los observadores que "cada sardina tiene derecho a su pequeña entrevista privada con el tiburón", mas, midiendo las resistencias que encuentra, se decide a aceptar la idea de un futuro mercado común limitado sólo a la América Latina. La concesión, en verdad, es más aparente que real, puesto que es claro que una eventual unificación "horizontal" de un mercado de 250 millones de consumidores (300 millones en 1985) no habría de modificar la subordinación de la América del Sur a la América del Norte, ya que ni siquiera se contempla la modificación de los circuitos de intercambio verticales entre los dos continentes, y pudiera aun, por el contrario, acentuar esta dependencia, teniendo en cuenta que en un área más vasta las empresas norteamericanas tendrían la posibilidad de exportar más y mejor. Se decide finalmente que, en consideración a las particularidades nacionales, todavía muy vivas, el "mercado común latinoamericano" sólo sería creado a partir de 1970, y no vendría a funcionar de una manera plenamente eficaz hasta después de 1985. Los fundamentos de esta vasta construcción habrán de ser echados ya durante el "período interino" de 1967-1970, gracias a la iniciación de diversos proyectos multinacionales (carreteras, centrales eléctricas, embalses, centros de telecomunicaciones, centros tecnológicos).

Tal es la teoría. Pero en la práctica, ¿quién va a financiar las nuevas "infraestructuras integradas"? Los EE UU, responde el coro unánime de todos los presidentes feudatarios de Washington. El problema es que la actitud que actualmente reina en las altas esferas de los Estados Unidos le impiden hacer el más mínimo compromiso pecuniario. El presidente norteamericano tiene que limitarse a dar sus interlocutores vagas garantías de que hará todo lo que está en su poder para arrancar al Congreso fondos especiales para "facilitar la transición hacia una economía regional integrada", y "financiar por intermedio del Banco Interamericano de Desarrollo los proyectos de infraestructura multinacionales destinados a rebasar las fronteras internas de la América Latina". Acosado a preguntas, tuvo que confesar que no estaba

seguro de poder obtener de un Congreso recalcitrante los 300 millones de dólares anuales que ha solicitado se le asignen con ese fin por un período de cinco años, ya que deberá obtener cada año, cuando se vote el presupuesto, el visto bueno de la Cámara de Representantes y del Senado. El carácter aleatorio de esta promesa y la mediocridad de la suma propuesta no dejaron de provocar el clamor de los lacayos indignados ante la tacañería del amo. Como diría Fidel Castro en su discurso del 17 de abril en La Habana: "Esa gente está dispuesta a vender su alma al diablo imperialista, pero el diablo imperialista ni siquiera está dispuesto a pagar el precio de sus almas".

EL INTERCAMBIO MAS DESIGUAL QUE NUNCA

En los corredores de la conferencia, varios presidentes latinoamericanos califican abiertamente la oferta de Johnson de "limosna derisoria y ridícula". Lo que es realmente derisorio es ese regateo sórdido, ya que el verdadero problema de un mercado común latinoamericano, cuya idea en sí misma es defendible, está en la óptica reaccionaria o progresista en que se imagina la empresa. Pudiera concebirse, en efecto, un mercado común creado en interés de los pueblos y no en el de las oligarquías privilegiadas que exportan sus beneficios en lugar de reinvertirlos en la nación, pero esta empresa habría de estar acompañada, en cada país, de una reforma agraria sustancial y de una verdadera industrialización, de manera que una unión realizada, no en provecho de los EE UU, sino contra los EE UU, permita a todos los países del continente organizar una resistencia económica más eficaz con respecto a Washington. Pero es bien evidente que estas preocupaciones no son las de los jefes de Estado presentes. La explotación económica de la América Latina por los Estados Unidos, sin embargo, ha tomado una amplitud tal en el curso de estos últimos años que aun los dóciles presidentes reunidos en Punta del Este no pueden dejar de plantear a Johnson la cuestión del "intercambio desigual".

En las "conversaciones privadas" de la villa de Beaulieu, cada interlocutor de Johnson hizo valer que si la integración de las economías en un "conjunto multinacional" es la solución futura, la coyuntura presente se caracteriza sobre todo por la "desintegración de las economías nacionales" (la expresión es del teórico sueco Myrdal, autoridad de las Naciones Unidas), y cada uno de ellos aboga en favor de un "trato justo" para sus productos de exportación en el mercado mundial. Cada uno pide al presidente norteamericano que ponga en ejecución una nueva política tendiente a estabilizar el curso y a aumentar, al menos un poquito, el precio de las materias primas que los EE.UU. compran en América Latina, y a reducir, por el contrario, aunque sea ligeramente, los derechos de aduana que encuentran los productos latinoamericanos a su entrada en los EE UU., de manera de compensar, aun parcialmente, las "sangrías" provocadas en cada país sudamericano por las fluctuaciones de los mercados y la baja de precios. La respuesta que el presidente de los EE UU y los técnicos que le rodean dan a este ruego quejumbroso es muy edificante.

Como lo había hecho antes que ellos, en la conferencia preliminar de Montevideo, el señor Lincoln Gordon, estos distinguidos economistas expli-

can a los solicitantes que “los problemas del comercio mundial son más vastos y más complejos de lo que ellos se imaginan”. Exponen, con una admirable hipocresía, que los principales responsables de la “penosa situación de América Latina” son los vietnamitas, que obligan al gobierno de Washington a sumir en su presupuesto de guerra los preciosos dólares que, sin esta necesaria “cruzada de la libertad”, pudieran afluir al sur del Río Grande; los europeos, que en las negociaciones del “Kennedy Round” sobre la rebaja mundial de las tarifas aduanales pusieron tantas dificultades para aceptar las reivindicaciones del “mundo americano”, y los afroasiáticos, cuyos productos a menudo compiten severamente con los productos latinoamericanos. Esta buena gente está dispuesta a admitir, por su parte, que el gobierno de los Estados Unidos quizás no haga en la actualidad todo lo que se puede esperar de él y, como la esperanza ayuda a vivir, añaden que los “departamentos interesados” quizás muestren un día mayor liberalismo si el Congreso se muestra más “comprensivo” y si los problemas planteados por el actual déficit de la balanza de pagos de los EE UU (a la cual la “carga de Vietnam” cuesta más de cien mil millones de dólares por año) encontrasen solución. En la espera de que esto ocurra, ellos predicán la paciencia y sugieren que todo el mundo se ponga de acuerdo sobre una fórmula —que se encontrará efectivamente en la “declaración final” de Punta del Este— declarando que las naciones latinoamericanas unían sus esfuerzos con vistas a acrecentar las entradas de divisas procedentes del comercio exterior” (uno se pregunta de qué manera), y que el gobierno de Washington, por su parte, “estudiará la cuestión”. Como el presidente chileno, en el curso de una última entrevista con Johnson, se permite insistir en que los Estados Unidos modificasen “los términos del intercambio” y autorizasen a los países latinoamericanos a comprar, con los créditos de EE UU, productos de otra procedencia, el presidente de los Estados Unidos se pone colorado de ira y declara sin embages: “Repito que no contemplo la modificación de las leyes y mecanismos del comercio internacional. ¿Está claro?” No puede estar más claro. Está bien claro que los productos del continente americano continuarán siendo exportados a bajo precio a los EE UU, que las mercancías norteamericanas continuarán siendo vendidas a los mejores precios en América Latina, que las riquezas de la América del Sur continuarán bajo dependencia, que los monopolios norteamericanos que las saquean continuarán exportando a los bancos de los EE UU sus fabulosos beneficios, y el deterioro de las condiciones de intercambio entre el Norte y el Sur del Continente se perpetuará y se agravará.

Resueltos de esa manera los problemas serios, la conferencia de Punta del Este pudo dedicarse a los derroches de elocuencia de la sesión final y a la literatura declamatoria de la “declaración de los presidentes de América” hecha pública en ocasión de la “cumbre interamericana”. Este documento, obra maestra del bla bla bla solemne y vacío, se presenta como un catálogo de buenas intenciones afirmadas con énfasis, de afirmaciones perentorias, de principios abstractos y de promesas maravillosas que, si fuesen cumplidas —pero, ¿quién va a pensar que puedan ser cumplidas?— transformarían al continente sudamericano en un nuevo Eldorado. Un “plan de acción en siete puntos” enumera por otra parte, según la fórmula misma de Johnson: “las diferentes prioridades en el conjunto de lo que hay que realizar”.

Preconiza el “Mercado Común Interamericano” cuyo carácter un poco

hipotético se disimula cuidadosamente, la “modernización de las condiciones de vida de la población rural para aumentar la producción agrícola”, el “estímulo de la educación en función del desarrollo económico”, “poner la ciencia y la tecnología al servicio de los pueblos”, “el mejoramiento de los programas de salud pública” y hasta —no se retrocede ante nada— “la supresión de los gastos militares en provecho de las inversiones productivas”

Nadie en América Latina puede tomar en serio una demagogia tal. Tan pronto se extinguen las luces de Punta del Este, los presidentes que acaban de elaborar estos textos inmortales son los primeros en reconocer ante los periodistas el fracaso de la Conferencia y los menos pusilánimes rechazan toda responsabilidad por las “artimañas de los Estados Unidos”. Cuando, después de haber rehusado firmar la declaración final, el fogoso presidente ecuatoriano Otto Arosemena critica en términos explosivos la actitud de los EE UU, no hace más que traducir, de una manera particularmente estruendosa, la decepción que otros expresan en términos menos brutales. “No puedo decir que esté satisfecho de las decisiones adoptadas aquí”, asegura Frei, en tanto que el presidente dominicano Balaguer, el mismo que reina bajo la protección de las bayonetas de los “marines”, detalla sombríamente las consecuencias, abominables a sus ojos, que pudieran tener en el futuro el orgullo y la avaricia de los EE UU: “Si no se tiene cuidado, la situación desembocará en la lucha de clases, la agitación permanente, la violencia sistemática y, en fin de cuentas, la revolución proletaria”

EL FRENTE VIETNAMITA Y LOS FOCOS GUERRILLEROS

Johnson, por su parte, declara antes de tomar el avión de regreso “Hemos favorecido la realización del sueño de una nueva América”. Si bien es cierto que las clases dirigentes de los países dominados por el imperialismo comparten el sueño yanqui, los pueblos han despertado, y el pueblo uruguayo no ha cesado de demostrarlo, durante toda la conferencia de Punta del Este, mediante sus manifestaciones de hostilidad hacia el cabecilla del imperialismo.

Obsesionados por el temor de un atentado, Johnson y los más amenazados de los “gorilas” de América Latina hicieron decretar “zonas prohibidas” ciertos sectores del territorio uruguayo, encima de los cuales cualquier avión podía ser derribado sin más ni más. Desde antes de la llegada del Presidente de los Estados Unidos ya se había puesto en movimiento un formidable “dispositivo” de seguridad. El aeropuerto de Montevideo fue vedado a las actividades civiles durante una semana. La carretera Montevideo-Punta del Este estaba vigilada por miles de soldados y policías, en tanto que grupos armados controlaban los puentes, y patrullas en jeep recorrían hasta los caminos vecinales.

Durante las horas que pasó en Uruguay, Johnson, “como medida de precaución”, dormía en el portaviones Wright, y como hizo notar, no sin cierta ironía, el editorialista del New York Times, no se ha trasladado sin “un batallón de policías, un equipo electrónico capaz de asegurar la comunicación de todo el continente, cuatro helicópteros permanentemente en el aire y una flota de comunicaciones en la bahía”. En los alrededores del hotel San Rafael

y de la villa Beaulieu, totalmente aislados y protegidos por baterías del D C A , los militares de opereta de la guardia militar uruguaya en chacós napoleónicos y botas borladas, eran reforzadas por pelotones de guardaespaldas norteamericanos e innumerables agentes del F.B.I Esta movilización de cañones anti-aéreos, aviones, navíos de guerra y hasta submarinos, y este extraordinario despliegue de fuerzas no pudieron, sin embargo, impedir una poderosa manifestación antinorteamericana de varios centenares de estudiantes uruguayos que, atrincherados en el local de la Universidad, Avenida 18 de Julio, rechazaron los ataques de la policía Los trabajadores declararon una huelga que paralizó durante un día la actividad económica del país y, en el curso de nuevas manifestaciones, banderas norteamericanas fueron quemadas mientras los inmuebles que sirven de sede a compañías norteamericanas eran atacados El día de la clausura de la conferencia, estudiantes y obreros organizaron en común una "marcha de la dignidad" de Montevideo a Maldonado, cerca de Punta del Este, en el curso de la cual el cortejo y manifestantes no cesó de gritar: "Fuera de Viet Nam, asesinos" y "Viet Nam sí, Yanquis no" También desplegaron banderas vietnamitas junto a banderas uruguayas, e izaron el pabellón vietnamita sobre decenas de edificios públicos de la capital

A pesar de todas las medidas de control de la flota norteamericana, una bandera vietnamita apareció de repente sobre el casco del barco argentino Santa María de Lusán, medio hundido a cincuenta metros de la playa Así, en el corazón mismo de su "Santa Alianza", Johnson, que venía de presidir en la Isla de Guam la gran conferencia político-estratégica en que se decidió la intensificación de las operaciones de guerra contra Hanoi y el FLN, no pudo escapar a sus obsesiones. Pudo medir, por otra parte, la impopularidad de su política vietnamita en toda la América Latina, en el hecho de que, no obstante sus presiones reiteradas, sus fieles aliados de la O E A no han querido tomar la responsabilidad de enfrentarse a la opinión pública de sus países aceptando insertar en la declaración final de la Conferencia de Punta del Este ni siquiera una pequeña frase que pudiese indicar aun indirectamente, la aprobación por parte de la Conferencia de las acciones militares de los EE UU. en Asia

Fue mediante un rodeo como Johnson logró de todas formas evocar, no en las sesiones públicas, sino en sus conversaciones bilaterales y en ciertas "sesiones de trabajo" a puertas cerradas, sus preocupaciones a este respecto

En efecto, él relacionó directamente la cuestión del conflicto vietnamita a la de la "subversión castrista" Refiriéndose expresamente a la estrategia definida por la Conferencia Tricontinental, que, con el objeto de aliviar el frente vietnamita, tiende a abrir progresivamente un "segundo frente" en América Latina multiplicando allí los focos de guerrillas, defendió la tesis según la cual al intensificación en toda la América Latina de la lucha contra el "comunismo castrista" y los revolucionarios armados, sería, para los dirigentes latinoamericanos, el mejor medio de ayudar a Washington a reducir el riesgo que corren los EE UU. de tener que dispersar sus fuerzas militares

Sus interlocutores, que viven todos en el temor del "contagio revolucionario" del castrismo no pueden dejar de ser receptivos a tales palabras De acuerdo sobre los objetivos, se opusieron, sin embargo, a los medios de ejecución y, una vez más, no se logró la unanimidad a propósito del proyecto de

“fuerza armada permanente interamericana” que las delegaciones norteamericanas se obstinan en poner sobre el tapete en ocasión de cada reunión de la O E A Dirigentes de gobiernos que quieren ser o se dicen “constitucionalistas”, los presidentes Díaz Ordaz (México), Lleras Restrepo (Colombia), Leoni (Venezuela), Belaúnde Terry (Perú) y Frei (Chile), así como el presidente uruguayo Gestido, han preconizado el desarrollo de las relaciones establecidas por los EE UU. con este o aquel Estado, o con “un grupo regional de estados para llevar a un nivel más alto la lucha antisubversiva”, pero se han opuesto a la idea misma de una “fuerza común permanente” en nombre del principio de la no intervención, al menos oficial, en los asuntos internos de los estados. El presidente argentino Onganía ha sido, por el contrario, quien se ha mostrado más cercano a la tesis de Johnson exponiendo la teoría de las “fronteras ideológicas” y afirmando que “la necesidad de garantizar la seguridad del continente, condición de nuestro desarrollo económico” (sic) y los “imperativos comunes de la lucha antimarxista” son más importantes que el principio de no intervención. Sin llegar a identificarse totalmente con la versión norteamericana del proyecto de creación de la “fuerza común de intervención”, sugirió que los jefes de ejércitos de los países de la O E A se reúnan en un “consejo de defensa continental”, especie de Estado Mayor consultivo que pudiera reunirse regularmente y asegurar “la coordinación de la lucha contra los movimientos de insurrección armada”. Obtuvo el concurso del presidente brasileño, mariscal Costa e Silva, así como de los cinco presidentes de los países centroamericanos, y Johnson, según los observadores, estimó que mostrando flexibilidad llegaría en un futuro bastante próximo a hacer triunfar esta solución —evidentemente considerada como un primer paso hacia el “ejército supranacional”. La Conferencia de Punta del Este decidió finalmente, decisión que no fue oficialmente anunciada, que la duodécima Conferencia de Cancilleres de la O E A estudiara una resolución del gobierno venezolano pidiendo que la Organización de Estados Americanos condene solemnemente “la política cubana en América Latina”

OPERACIONES “EMBUDO”, “COBRA” Y “TENAZAS”

Es extremadamente probable que los EE UU quieran considerar esta *condenación como la garantía jurídica que necesitan para ir adelante en su participación contra la acción revolucionaria en América del Sur*

“Hay focos de resistencia que surgen y se extinguen”, señala Ernesto Guevara en el mensaje que envió a la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, Africa y América Latina. Perú es el país donde las fuerzas de represión han dado los golpes más severos a las fuerzas insurreccionales, y donde se ha visto consumirse la mayor parte de las hogueras encendidas por Guillermo Lobatón y Luis de la Puente Uceda. En los otros países latinoamericanos, dirigentes valerosos han caído en el combate, pero el impulso que dieron no se ha detenido. César Montes ha tomado el relevo de Turcios Lima en Guatemala, Fabián Vásquez el de Camilo Torres en Colombia, Américo Martín el de Fabricio Ojeda en Venezuela, y aun en Perú, nuevos cuadros forjan sus armas en la sombra. En Guatemala, los guerrilleros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias han aumentado sus efectivos en las provincias de

Zacapa, Izábal y Chiquimula, en la proximidad de Honduras. En Venezuela, el "frente guerrillero" Antonio José de Sucre, que acaba de ser abierto en las montañas del Este (Estado de Monagas), ha venido a añadirse al frente Ezequiel Zamora abierto en las Montañas del Bachiller, también al Este del país, por Américo Martín, Secretario General del M I R (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) En Colombia, donde la acción armada es librada a la vez por las **Fuerzas Armadas Revolucionarias** y por el Ejército de Liberación Nacional, son los comunicados gubernamentales mismos los que confirman el recrudecimiento de las guerrillas en los departamentos de Valle, Chocó y Tolima, y en los dos departamentos de Huila y Caquetá al sudoeste En Bolivia, los violentos combates que desde el mes de marzo se vienen sucediendo en el "triángulo Rojo" delimitado por las tres ciudades de Camiri, Lagunillas y Montecagudo, en la frontera del Chaco Boreal, han revelado que, por primera vez en la historia de este país, se han constituido grupos guerrilleros al sudeste, en los departamentos de Santa Cruz y Chuquisaca y parece ya que la existencia de este "foco" provoca diferencias políticas entre el presidente Barrientos y el general Ovando, frenético comandante en jefe del ejército, porque ambos están en desacuerdo sobre los medios de combatir la insurrección En Brasil, la guerrilla que apareció recientemente en la Sierra de Caparo, en las fronteras de los estados de Minas Gerais y Espíritu Santo, no es sin duda tan insignificante como lo cree, o finge creer, el mariscal Costa e Silva, quien sólo quiere ver en este asunto una pequeña secuela del "complot de los sargentos" de 1964, porque algunos de estos suboficiales rebeldes combaten en las filas de los guerrilleros Si esta lucha fuese tan insignificante como se afirma en Brasilia y Río de Janeiro, no se explica por qué el ejército brasileño tiene empeñado en la misma casi 12,000 hombres apoyados por la aviación

Cuando se hace el recuento de los avances y retrocesos de las luchas armadas registradas desde la Conferencia Tricontinental, puede considerarse que el balance es más bien positivo para los revolucionarios, aunque sólo sea porque, a pesar de las pérdidas, a menudo severas, el efectivo global de guerrilleros que combaten en los diferentes frentes de América Latina ha aumentado La guerrilla sólo progresa difícil y ocasionalmente, pero progresa. Guevara, quien en su mensaje a la OSPAAAL anuncia que "nuevos brotes de guerra surgirán en Guatemala, en Venezuela, en Colombia y en otros países latinoamericanos, como ya ha ocurrido en Bolivia, e irán creciendo", no es el único en emitir este pronóstico Buen conocedor de la América del Sur, el periodista norteamericano Herbert Matthews, cuya óptica, no hay que decirlo, es muy diferente a la del Che, coincide en su análisis cuando explica en un artículo del New York Times del 13 de abril último, que "una epidemia de luchas de guerrillas está cubriendo la América Latina".

Este artículo, escrito en términos mesurados, resulta mucho más interesante ya que no busca sistemáticamente el efecto dramático o sensacional y parece reflejar fielmente, por otra parte, la opinión de los círculos dirigentes de Washington Por haberse dado perfecta cuenta de que la guerrilla se extiende, es que los Estados Unidos intervienen cada vez más directamente y en puntos más numerosos de América Latina para tratar de "parar cuando hay tiempo todavía la evolución en curso", según la expresión empleada por Johnson durante una de sus "sesiones privadas" en la Conferencia de Punta del Este

En Venezuela es la misión militar norteamericana instalada en Caacac la que ha hecho los planes de la gran ofensiva militar, que se desarrolla actualmente, más importante que la de 1964. La táctica adoptada consiste en utilizar masivamente los aviones B-26 para bombardear intensamente los principales "frentes" de guerrillas (Frente José Antonio Páez, Frente Simón Bolívar, Frente José Leonardo Chirinos, Frente Manuel Aponte Rodríguez y Frente Ezequiel Zamora), a fin de obligar a los guerrilleros a refugiarse en las regiones donde puedan ser rodeados con más facilidad por las tropas terrestres (de ahí el nombre "Embudo" dado a la operación). El servicio cartográfico que utiliza con este objetivo el Estado Mayor venezolano es enteramente norteamericano. Está instalado en la base de Calobozo, contra la cual los guerrilleros han efectuado, en el mes de abril, dos audaces asaltos, destruyendo con dinamita seis helicópteros norteamericanos y dañando algunos bombarderos.

También en Colombia son los oficiales de la "misión militar" norteamericana, los mismos que entrenaron en el centro especial de Melgar, al sudoeste de Bogotá, la "fuerza colombiana N^o 9" (5,000 hombres), los que han concebido la gran operación antiguerrillera llamada "Cobra", iniciada el 16 de febrero y aún hoy en pleno desarrollo, y que participan, en la actualidad, a su realización. Las acciones armadas realizadas en el marco de "Cobra" tienen lugar en las montañas y bosques de cinco de los veintidós departamentos con que cuenta Colombia; los de Tolima (centro), Huila (sudoeste), Caquetá (riberas del Amazonas), Quindío y Valle (oeste) y Santander (Contra el Ejército de Liberación Nacional). La "punta de lanza" del efectivo de 20,000 hombres empeñado por el Estado Mayor colombiano, especialmente en las regiones de Tolima, Huila y Caquetá, está constituida por cinco "batallones antiguerrilleros", entrenados por oficiales yanquis especialistas en la "lucha antisubversiva" y que disponen de un material exclusivamente norteamericano. Refuerzos de material, principalmente helicópteros, están siendo enviados actualmente desde los Estados Unidos a las bases de Ibagué (región de Tolima) y Bucaramanga (región de Santander).

En Bolivia, en fin, son los norteamericanos los que tomaron inmediatamente de su mano la operación "Tenazas", iniciada con gran urgencia para "matar en embrión" el nuevo movimiento de guerrillas, que es tomado muy seriamente en Washington. Desde los primeros combates, en marzo, en la región de Nancabuzú, aparatos norteamericanos piloteados por aviadores norteamericanos ametrallaron y bombardearon con napalm la zona montañosa y boscosa en la que se pensaba que se habían atrincherado los guerrilleros. Algunos días más tarde se estableció un pequeño "puente aéreo" entre el "Centro Antiguerrillero" norteamericano en Panamá (base de Howard Fields) y la ciudad de Santa Cruz, convertida en el principal cuartel del coronel Milton Buls, comandante en jefe norteamericano en Bolivia (además se estableció una "antena" de este cuartel general en la ciudad de Caimiri). Desde esa fecha, aviones norteamericanos y especialmente aviones de transporte C-130 y Hércules no cesan de llegar a Santa Cruz —y también al aeródromo de Cochabamba— después de "escalas técnicas" en Arequipa, Perú y La Paz. Llevan tanto importante materiales de guerra como numerosos oficiales especializados en la "contraguerrilla" que van a mandar los batallones de "rangers" bolivianos, igualmente especializados en la lucha antiguerrillera y que operan

bajo las órdenes del coronel Joaquín Zenteno Anaya, comandante de la 8ª división acuartelada en Santa Cruz. Si se ha de creer el relato que acaba de publicar en *Times* Murray Sayle, enviado especial del periódico londinense, después de su gira por la región de Nancahuazu, el material esencial de este ejército, que utiliza en particular "helicópteros de montaña", es norteamericano. Hay razones para pensar que las autoridades de Washington han quedado decepcionadas por los resultados obtenidos por los bolivianos, ya que han terminado por empeñar en la lucha destacamentos homogéneos de "boinas verdes" puramente yanquis. Su autonomía quedó precisada cuando el coronel Milton Buls pidió al general Ovando, comandante en jefe del ejército boliviano, que estableciera su "Cuartel general operacional" no en Santa Cruz, sino en otra localidad, Tripiti. No hay dudas de que en el escalón superior, el comando de la guerra contrarrevolucionaria es ejercido directamente, en el lugar, no por los bolivianos, sino por el Estado Mayor norteamericano.

"ESCALADA" TAMBIEN EN AMERICA LATINA

Los ejemplos de Venezuela, Colombia y Bolivia son los más notables pero, de una manera general, puede decirse que en la actualidad el intervencionismo contrarrevolucionario de los EE UU en América Latina continúa acentuándose en todos los terrenos.

El primero de estos terrenos es el del espionaje. Un artículo de la revista católica norteamericana *Ramparts*, que ha tenido gran repercusión, hizo recientemente interesantes revelaciones sobre las actividades de los 60 mil agentes de la CIA que, financiados por un presupuesto anual de 165 mil millones de dólares, trabajan en el mundo entero. En Europa, el papel jugado por la CIA en el reciente putsch de los generales griegos, según las previsiones del plan "Prometeo", elaborado en 1950 y revisado en 1965, acaba de ser divulgado en un análisis documentado publicado por C. L. Sulzberger en el *New York Times* del 2 de mayo último. En Africa, Nasser acaba de revelar, en su discurso ante los obreros del centro industrial de Choubrah El Kheima, cómo la CIA no cesa de fomentar complots para echarlo del poder como lo ha hecho con Krumah en Ghana, y aún con el rey Saúd de Arabia cuando este último ha querido manifestar algunas tímidas veleidades de independencia con respecto a Washington. Sin embargo, sigue siendo la América Latina el terreno predilecto para las actividades de la organización central de espionaje.

En Bolivia, agentes de la CIA llegan especialmente de Washington para interrogar personalmente, junto a los policías de la "dirección de investigaciones criminales", a los guerrilleros hechos prisioneros. En Guayana, el expremier Cheddi Jagan recuerda, en un discurso pronunciado en Georgetown, que fue la CIA quien organizó las manifestaciones de 1962 y 1963 que resultaron, en 1964, en el derrocamiento de su gobierno, y denuncia los lazos cada vez más estrechos que unen al nuevo gobierno con la CIA. En Santo Domingo, la prensa de izquierda publica las declaraciones del senador norteamericano Vance Hartke, quien explica cómo la CIA preparó el desembarco de los "marines" en 1965.

En Chile, las revelaciones hechas en los mismos EE UU sobre la infil-

tación de agentes de la CIA en la organización estudiantil democristiana llamada Unión de las Federaciones Universitarias Chilenas (U F U C H), suscita vivas reacciones y los delegados de diez movimientos estudiantiles progresistas latinoamericanos se retiraron de la reunión del Comité Ejecutivo de la Unión Internacional de Estudiantes y boicotearon el Congreso de la U I E celebrado en Ulán Bator del 27 de marzo al 5 de abril últimos, para protestar ante la actitud demasiado débil de esta organización mundial con respecto a la U.F.U.C.H. En México y Panamá, los estudiantes organizaron grandes manifestaciones para denunciar la protección que las autoridades de su país dan a dos agentes locales de la CIA, desenmascarados públicamente, el delincuente Moisés Granados en Ciudad Panamá, y el soplón Marvin Carpenter, en México

Todas las Universidades latinoamericanas denuncian, por otra parte, las actividades de inteligencia un poco más sutiles que realiza la Especial Operation Research Office, SORO (Oficina de Investigaciones de Operaciones Especiales) de la American University de Washington, bajo el pretexto de "investigaciones sociológicas". En este terreno, los toques de alarma de las Universidades argentinas y chilenas contra el Plan Camelot, de las Universidades peruanas contra el Plan Colony y de las Universidades colombianas contra el Plan Simpático no han desalentado a la SORO en lo absoluto. Hoy en día trabaja activamente, sobre todo en Brasil, gracias al acuerdo concluido entre el Ministerio de la Educación Nacional de este país y la Oficina Americana para el Desarrollo Internacional. Los estudiantes brasileños provocan actualmente violentas manifestaciones contra este acuerdo que organiza la asistencia técnica norteamericana a la educación nacional brasileña y así permite la intervención directa de los "conscjeros" norteamericanos en la enseñanza del país. Los "servicios especiales" tienen la costumbre de no separar la "inteligencia" de la "acción". La colaboración que los diferentes servicios especiales norteamericanos (C I A , F B I , etc.) han establecido con los diferentes "departamentos de seguridad" de los países sudamericanos feudatarios de Washington, no se limitan ya a la "búsqueda de informaciones". La organización común de "acción directa" contra los "enemigos del Estado" es cada vez más creciente. En Guatemala, por ejemplo, la dirección clandestina de las Fuerzas Armadas Rebeldes señala, en una declaración de fecha 7 de marzo último, que "agentes de Estados Unidos utilizan altos funcionarios gubernamentales para organizar la policía política secreta que persigue a los opositores de izquierda" y que estos mismos agentes "cooperan" igualmente con los grupos de extrema derecha (Movimiento Anticomunista Nacional y Nueva Organización Anticomunista) que ya han asesinado a numerosos demócratas. Todas estas acciones parecen estar coordinadas por el agregado militar de la Embajada de los EE UU , coronel Fred Hacker.

La operación Unitas, lanzada a principios de 1967 por el Pentágono, tiene el propósito, además, de proporcionar "nuevos medios" a los diversos centros americanos de contraguerrillas donde se educan los policías y militares de todos los países americanos llamados a convertirse en "especialistas en la lucha antisubversiva". El gobierno de Washington ha aumentado de 150 millones a 300 millones de dólares anuales el presupuesto de esos "centros especiales" y, en particular, de los principales: la escuela de Fort Bragg en el territorio

norteamericano, donde se forman y entrenan los “comandos de fuerzas especiales” (“boinas verdes”), el Centro de Instrucción de las Fuerzas Armadas de Puerto Rico, y el Centro de Formación Antigüerrillera de Panamá. El aumento de los efectivos de estos centros es significativo. Según datos estadísticos suministrados por el Ministro de la Guerra de los Estados Unidos, Mac Namara, en una declaración ante la Comisión de Defensa del Senado, 18 mil oficiales latinoamericanos han seguido cursos de “contraguerrilla”, de 1950 a 1962, otros 18 mil han sido recibidos en los “Centros Especiales”, de 1962 a 1966, y finalmente otros 18 mil son esperados para el 1967 solamente, lo que muestra la aceleración del ritmo de reclutamiento. En el plano estratégico, el Colegio Interamericano de Defensa de Washington, recibe un número cada vez mayor de oficiales superiores latinoamericanos.

De regreso a sus países, los “expertos” sudamericanos que han seguido este entrenamiento se colocan, por lo general, bajo las órdenes de las “misiones militares norteamericanas” instaladas en las capitales de los países donde los guerrilleros se muestran más activos. En el curso de los años 1964 y 1965, los “asesores” norteamericanos llegaron en grandes números especialmente a Guatemala, Venezuela, Perú, en el momento en que se realizaba la operación Ayacucho, y en Colombia, donde su llegada coincidió con el inicio de la gran “ofensiva de primavera” de 16 mil hombres del ejército colombiano contra los grupos de autodefensa armada de las “repúblicas independientes” (Marquetalia y El Pato). Actualmente, estas “misiones” aumentan también sus efectivos (en Colombia, por ejemplo, éstos pasaron de 5 mil a 7 mil oficiales).

Durante el año de 1966, los “asesores” norteamericanos se dedicaron especialmente a modernizar los “ejércitos de cuarteles y de golpes de Estado” que han tomado bajo su cargo. La mayor parte de los gobiernos feudatarios de Washington siempre habían consagrado casi la mitad de sus escasos recursos a mantenimiento de tropas plétóricas y a pagar a sus oficiales sueldos sustanciales (que son, en general, duplicados en el curso de las “campañas” contra las guerrillas), pero que no disponen, frecuentemente, sino de un material obsoleto. Los Estados Unidos han cambiado esta situación dotando a las fuerzas armadas latinoamericanas de un equipo nuevo especialmente adaptado a los combates de montaña y se ha visto afluir hacia Guatemala, Venezuela, Perú, Colombia, aviones de reconocimiento y de bombardeo, helicópteros, armas ligeras de infantería, aparatos de radio perfeccionados para las comunicaciones, y hasta el “tanque antiguerrilla” para cuatro personas (Este vehículo que cuenta con una velocidad de 80 kilómetros hora en carretera y 50 kms/h en campo abierto, es fabricado no sólo en los EE UU sino también en el Brasil). El material más moderno es evidentemente reservado a las “unidades de élite” —“comandos de caza” peruanos, “batallones contraguerrilleros” colombianos, “rangers” bolivianos, “grupos de choque paracaidísticos” ecuatorianos y “destacamentos especiales antisubversivos” brasileños— cuyos estados mayores, norteamericanos, unifican cada vez más su armamento al de las unidades homólogas norteamericanas, los comandos de “boinas verdes”. Este material es evidentemente eficaz en las operaciones antiguerrilleras, pero sucede a menudo que esta eficiencia se vuelve contra los mismos que la utilizan, cuando uno u otro grupo de una “unidad especial” es aniquilado en una emboscada y su armamento cae en manos de los guerrilleros que la atacaron.

Es así que después de los últimos encuentros armados en Bolivia, los guerrilleros han podido equiparse de fusiles M.L.2 y de Brownings automáticas norteamericanas de último modelo

En 1967, la principal preocupación de los estados mayores norteamericanos que dirigen la lucha contrarrevolucionaria en América Latina parece ser la de asegurar una mejor coordinación de la lucha

Al norte, su principal instrumento de acción es la Organización de Defensa de los Estados Centroamericanos (O D E C A) creada, a instigación de Washington, el 17 de octubre de 1952 en Managua para Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, a la que se adhirió Panamá en 1963 (después de la Conferencia anticubana de Costa Rica). La O D E C A , cuya sede está en El Salvador, ha jugado ya un importante papel en 1954, cuando permitió a las tropas de represión que partieron de Honduras y Nicaragua, derrocar al gobierno progresista de Jacobo Arbenz; en 1961, cuando la expedición de la Bahía de Cochinos, puesto que la mayor parte de los "gusanos" —los "contrarrevolucionarios cubanos"— tomaron como principal base de partida a Nicaragua; y en 1965, en ocasión de la agresión norteamericana contra Santo Domingo. La lucha revolucionaria que se libra en Guatemala lleva actualmente a los Estados Unidos a reactivar esta alianza, que ha recibido ya 200 millones de dólares en material de guerra norteamericano, en el marco de la Alianza para el Progreso (se ve en qué sentido marcha el progreso) y que recibirá nuevos créditos militares. En abril último, 10 mil soldados yanquis participaron, con las tropas de cinco países (Nicaragua, Honduras, Panamá, El Salvador y Guatemala), en "grandes maniobras de entrenamiento" en Puerto Cabezas, en el litoral atlántico de Nicaragua

Al sur, donde, siempre bajo la égida de Washington, los presidentes del Brasil y de la Argentina han decidido, en ocasión de su encuentro en Río de Janeiro en 1965, constituir un "Eje militar" que una a ambos países, es la nueva guerrilla boliviana la que obliga a los Estados Unidos a preconizar el estrechamiento de los lazos militares entre los estados de esta región. Apenas regresó de la conferencia de Punta del Este, el general Onganía salió a una gira por las provincias argentinas vecinas a la frontera boliviana. El general argentino Mariano Jaime de Nevares, comandante de la 5ª brigada de infantería, y el general Alejandro Lanusse, comandante del 3er cuerpo de ejército, efectuaron una gira análoga, como resultado de la cual Nevares declaró en una conferencia de prensa "He ordenado a las unidades militares del norte y del oeste, especialmente a los escuadrones 20 y 21, y a las fuerzas de gendarmería, que intensifiquen sus patrullas a todo lo largo de la frontera boliviana para evitar el paso clandestino de rebeldes bolivianos". El presidente boliviano Barrientos acaba de pedir ayuda militar urgente a los gobiernos argentino y brasileño y en la actualidad el gobierno norteamericano multiplica sus presiones en Buenos Aires y Río para que esta solicitud sea favorable y rápidamente acogida

Esta "coordinación acelerada" no se efectúa, sin embargo, sin dificultades, ya que los gobiernos feudatarios de Washington son a menudo tan nacionalistas cuando se trata de sus relaciones con sus vecinos, como sumisos cuando se trata de sus relaciones con sus poderosos protectores yanquis. Es

por ello que el Pentágono contempla ya, en numerosos casos, añadir a las intervenciones de sus cómplices, intervenciones directas de "marines" y "boinas verdes" Estos se encuentran ya en funciones en algunos países de América Latina, y hay cientos de estas unidades de choque estacionadas ya en Puerto Rico, donde acaban de crear un nuevo "centro de entrenamiento" en la región boscosa de Luguillo, en Panamá, Colombia, Venezuela y Brasil, donde la presencia de los fusileros marinos norteamericanos en Natal, capital del Estado de Río Grande, provocó, el 25 de febrero último, vigorosas manifestaciones de protesta Los "boinas verdes", algunos de los cuales llegan directamente de Viet Nam, combaten además directamente en Guatemala, donde lanzan desde sus bases de Barrios, Helvetia y San José de Tiquisate⁵ "operaciones autónomas" coordinadas con las de las fuerzas armadas guatemaltecas Todo parece indicar que esta táctica va a ser seguida en Bolivia, donde lanzan desde sus bases de Barrios, Helvetia y San José de Tiquisate de Santa Cruz, como hubo de revelarlo Fidel Castro en su discurso del 19 de abril último

Este conjunto muestra que existe también una "escalada" de la intervención armada de los EE UU en América Latina que, si bien es verdad que no puede ser comparada por su amplitud con la de Viet Nam, no deja de ser de la misma naturaleza Corresponde lógicamente al avance lento, pero regular, de la guerrilla en el continente, y es de esperar que se acentúe en el curso de los próximos años el desarrollo simultáneo y dialéctico de la acción revolucionaria, de una parte, y de la acción contrarrevolucionaria de la otra, lo que expone en términos perfectamente claros, en su mensaje a la OSPAAAL, Che Guevara cuando escribe, por ejemplo:

Si los focos de guerra se llevan con suficiente destreza política y militar se harán prácticamente imbatibles y exigirán nuevos envíos de los yanquis Poco a poco las armas obsoletas que bastan para la represión de las pequeñas bandas armadas irán convirtiéndose en armas modernas, y los grupos de asesores en combatientes norteamericanos hasta que, en un momento dado, se vean obligados a enviar cantidades crecientes de tropas regulares para asegurar la relativa estabilidad de un poder cuyo ejército nacional títere se desintegra ante los combates de las guerrillas

⁵ La revista *Ramparts* ha efectuado una investigación muy precisa sobre el papel de los "boinas verdes" en Guatemala Los resultados probablemente sean publicados en uno de los próximos números de esa revista

